

do tras ellos la puerta de la cámara donde habían penetrado.

El pintor se dejó caer en un sitial, y murmuró con ronca y apagada voz:

—¡Vendido por él!... ¡Vendido!... ¡Vendido!...

## X

### ANA

Dos días habían pasado desde aquél en que Isabel de Borbón, Pedro Pablo Rubens y Diego Velázquez de Silva habían llegado al palacio del Escorial.

Las cuatro de la tarde acababan de dar en el reloj de San Lorenzo, cuando se entreabrió una ventana, perteneciente á las habitaciones del Conde-Duque, situadas muy cerca de las del Rey: la otra ala del palacio estaba habitada por la Reina, la Infanta María Teresa y las servidumbres de ambas.

La ventana en cuestión estaba guarnecida de espesas celosías; pero, no obstante, un rayo de sol que iba á quebrarse en sus cristales, hizo brillar con dorados reflejos una cabeza cubierta de abundantes y rubios rizos.

Aquella cabeza era la de Ana.

Permaneció durante breves instantes silen-

ciosa é inmóvil, cual si fuera una estatua de alabastro, con la mirada fija en las dilatadas campiñas que se extendían al frente de sus ojos.

Luego apoyó los brazos en el antepecho; dejóse caer en un sitial colocado detrás de ella, y sepultó la cabeza en sus manos.

No era ya la misma Ana que Velázquez conoció en Amberes, ni siquiera la misma que robaron al artista las tramas del Conde-Duque de Olivares: en los dos días pasados desde la vez primera que la presenté á mis lectores, se habían hundido sus mejillas y apagado sus ojos; los suaves y purísimos contornos de su boca habían perdido toda su gracia cándida y juvenil, adquiriendo, en cambio, esa laxitud que es siempre signo seguro de la total ruina de la salud.

Parecía más elevada su estatura, á causa de su extrema delgadez; sus rasgados y espléndidos ojos azules eran más grandes, y aunque sus brazos y manos conservaban sus seductoras formas, estaban en extremo enflaquecidos.

Largo rato permaneció en la actitud abatida en que la dejamos, al cabo del cual se abrió cautelosamente la puerta de la estancia, dando paso á la joven que vimos socorrer á Ana cuando se desmayó en la casa donde la depositaron sus raptos.

Aquella joven adelantó lentamente algunos pasos, andando de puntillas é inclinando gra-

ciosamente la cabeza hacia adelante, creyendo dormida á la pobre Ana.

La recién llegada era una de esas criaturas robustas, hermosas y risueñas: sus facciones, un tanto gruesas, eran bellas en extremo; sus grandes ojos negros y sus cabellos de azabache, armonizaban deliciosamente con su tez trigueña y sonrosada, y su boca parecía formada únicamente para la sonrisa, pues al más leve movimiento mostraba, no obstante su pequeñez, dos sartas de menudas perlas engastadas en coral.

Llevaba un lindo traje de seda de colores subidos, y su gola dejaba ver, á despecho de la moda de aquel tiempo, la parte superior de una garganta suave, redonda y satinada.

El aposento en el cual se encontraba Ana armonizaba bien con la figura de la recién llegada, por la suntuosidad vistosa de sus adornos: las colgaduras, de damasco blanco, estaban guarnecidas de anchos flecos de oro y sujetas con gruesos cordones y borlas delo mismo; la sillería, de damasco granate de color subido, se ostentaba recargada de iguales adornos, y cuatro soberbias lunas de colosales dimensiones reproducían los objetos.

La joven llegó, por fin, junto al sillón de Ana y se apoyó suavemente en el respaldo; luego bajó su cabeza al nivel de la de la flamenca para ver si efectivamente dormía.

—¡Dios mío! ¡estáis despierta, señora!—exclamó alzándose de nuevo, porque acababa de ver lucir como dos estrellas los grandes ojos de Ana.

—No duermo—contestó esta con acento lento y melancólico;—sin embargo, no os oí entrar, Estrella.

—Lo creo muy bien—dijo la joven, cuya risueña frente se había cubierto de una nube de tristeza:—¿cómo me habíais de oír si estábais en una de esas peligrosas meditaciones que os convierten en estatua?

La flamenca sonrió tristemente y nada contestó.

—Y á pesar de eso—continuó Estrella,—el señor Conde me dice todos los días: «No permitáis á Doña Ana ni un instante de soledad y de cavilación, porque esto la mata.»

—¡Pluguiese á Dios que así fuese!—murmuró Ana elevando al cielo una mirada empapada en lágrimas.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero por qué queréis morir, Doña Ana? Sois una niña, sois bella hasta el extremo, y tenéis amigos poderosos que velan por vos y se interesan por vuestra suerte... ¿Cómo es posible que os cansé la vida?

—No lo sé, Estrella—contestó la joven con acento triste;—no sé por qué, pero yo deseo la muerte con todo mi corazón.

—¿Sentís acaso la separación de vuestro hermano?

—¡Oh, sí!...—repuso Ana llevando al corazón sus dos manos, como si Estrella hubiese tocado en él una herida dolorosa y profunda.

—Pero sólo hace dos días que carecéis de su vista, y además tenéis la esperanza de verle muy pronto.

—¡Esa esperanza la voy perdiendo ya, Estrella! Cuando el Conde me sacó de Madrid, me aseguró que me llevaba á la nueva casa de mi hermano... y todavía no he podido verle... Luego...—continuó la pobre niña vacilando,—luego... estos últimos días me suceden cosas tan extrañas... ¿Por qué me sacaron á la fuerza de nuestra habitación del palacio de Madrid?... ¿Por qué me llevaron á vuestra casa durante algunas horas, para traerme luego aquí?... ¿Por qué me aseguró ese caballero á quien llamáis el señor Conde que vería muy pronto á Diego, si todavía no he podido lograrlo? ¡Estrella, Estrella!... Ese Conde... lo confieso... ¡me da miedo!...

Ana ocultó de nuevo el semblante entre las manos, y un doloroso temblor recorrió todo su cuerpo.

Estrella la contempló por algunos instantes, pintándose en sus facciones una profunda expresión de piedad. A la verdad, la figura de Ana, velada por su larga túnica blanca, se asemejaba á esas imágenes de santas mártires que todavía nos conmueven y admiran en nuestro descreído siglo.

Lo enflaquecido de su cuello, brazos y manos patentizaba bien los sufrimientos de la desdichada niña, y su cabeza, inclinada y cubierta por una cascada de gruesos rizos rubios que se extendían hasta sus rodillas, tenía una admirable expresión de sumo é intenso padecer.

—Vamos, Doña Ana—dijo por fin Estrella con acento dulce y cariñoso y apoyándose de nuevo en el respaldo del sillón;—vamos, buen ánimo: quizá no acabe el día de hoy sin que veáis á D. Diego.

Ana permaneció silenciosa durante un momento; luego alzó la cabeza lentamente, y Estrella contuvo con trabajo un grito de terror al ver el semblante de la pobre niña.

Lejos de retratar las facciones de Ana el gozo que debía infundirle la esperanza formulada por los labios de Estrella, se veía pintada en ellas una expresión de agudo dolor. Levantóse como una sonámbula y tomó las manos de Estrella, oprimiéndolas con una fuerza convulsiva entre las suyas, secas y abrasadoras.

En aquel instante apareció detrás de uno de los árboles del jardín una cabeza negra y erizada, alumbrada por dos ojos grandes y calenturientos, que fueron á fijarse en el rostro desencajado de Doña Ana.

Un segundo después se oyó un grito de alegría frenética, y el mulato Juan de Pareja sa-

lió de detrás del árbol y cruzó el jardín corriendo desesperadamente.

A pesar de sus esfuerzos, su carrera avanzaba poco: el infeliz esclavo hacia tres días que no había probado alimento ni cerrado al sueño sus ojos, ocupado solo en vagar como una sombra durante la noche por los alrededores del palacio, porque su buen instinto le decía que la tenebrosa infamia que lamentaba sólo podía haberla urdido la mano del Conde-Duque.

Llegó por fin á una de las puertas excusadas del jardín, y desapareció por ella.

Doña Ana continuó largo rato oprimiendo las manos de su compañera.

—Escuchad—dijo al cabo de algunos instantes con voz lenta y ahogada;—escuchad, Estrella, antes de que Dios me llame á su seno, una confesión que á nadie he hecho todavía... pero que necesito hacer, porque me ahoga...

—Hablad, hablad, Doña Ana.

—Yo creo... creo que vos me amáis un poco, Estrella.

—Os amo mucho, mucho,—dijo Estrella, estrechando con afecto las manos de la infeliz joven.

—Entonces, á nadie confiéis mi secreto... ¿lo ois?

—Sí: no temáis.

—Pues bien, Estrella: la vista de Diego no aliviará mi padecer... no...

—¡Qué decís!...

—¡Me matará más pronto!...

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Ana al pronunciar estas palabras, y se deslizaron por sus mejillas de alabastro.

En cuanto á Estrella, creyó que deliraba, y dijo solamente con dulce voz:

—La vista de vuestro hermano os pondrá buena: creedme, Doña Ana.

—¡Yo no tengo hermano!...—gritó con angustia desgarradora la desdichada niña.

—¿Qué decís?

—¡Diego no lo es!

—¿Queréis acostaros, Doña Ana?—dijo Estrella, persistiendo siempre en creer que un acceso de fiebre hacía delirar á la joven.

—¡Mirad!...—exclamó Ana, sacando de su seno una carta que, por lo muy arrugada que estaba, decía bien claro que los ojos de Ana la habían devorado muchas veces.—¡Mirad, Estrella!

La atónita joven desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«D. Diego Velázquez de Silva os engaña, pobre niña, diciéndoos que es vuestro hermano. Vos sois sola en el mundo, y vuestro raptor os hizo creer que os unían á él los lazos de la sangre para sustraeros á las miradas de todos los hombres, á fin de evitar así que, casándoos, os roben de su lado.

»Vos, pobre niña, sois el origen de su gloria, pues harto sabéis que os toma para modelo de sus celebradas vírgenes, si bien para disimularlo cambia en sus pinturas el color de vuestros ojos y de vuestros cabellos, y os oculta á la vista de todos.

»Empero vos podéis libertaros fácilmente de la esclavitud en que os tiene el odioso egoismo de Velázquez: el Rey Felipe IV os ama; recurrid á él cuando dentro de dos días vaya á visitaros, y conseguiréis de su cariño la protección que necesitáis.

»No temáis por Velázquez: está casado con una dama noble y hermosa á quien ama mucho, y de la cual tiene una hija.»

La carta no tenía firma.

—¡Dios mío, qué extraño es esto!—murmuró Estrella devolviendo la carta á la flamenca.

Esta no respondió: apoyada en el marco de la ventana, tenía doblada la cabeza sobre el pecho.

—Vamos, Doña Ana—continuó Estrella tomando una de sus manos;—vamos, no os abatáis así: puesto que, según esa carta, debe venir el Rey á veros, declaradle la villanía de Velázquez, y él os amparará.

—¡Acusar yo á Diego!—exclamó Ana con una indescriptible vehemencia;—¡yo, que le amo con todas las fuerzas de mi alma! ¡yo, que daría mi vida por volver á verle una sola vez!...

—¡Cómo! ¿le amáis?

—¡Que si le amo!—repitió la joven; y ante el pensamiento de su cariño pareció fundirse su dolor en un delicioso arrobamiento que se significó instantáneamente con una sonrisa de dicha;—¡que si le amo!—repitió cruzando las manos y con un acento impregnado de dulzura infinita:—le amo tanto, que sólo temo dejar la vida porque la muerte me privará de verle. ¿No me veis—continuó con una vehemencia que hizo colorear sus mejillas,—no me veis pálida y casi moribunda? ¡Pues bien: lo que aniquila mi vida, lo que me mata, es ese amor que ardia en el fondo de mi corazón sin que yo misma lo sospechase!... Cuando Diego se separaba de mi lado, la luz huía de mis ojos... y mi pecho se oprimía como si le faltase aire que respirar... Cuando me dormía, su imagen aparecía delante de mí... y no pocas veces he soñado estar sentada sobre sus rodillas... ¡Cuántas veces, viéndole dormido, han caído mis lágrimas sobre su frente al imprimir en ella un beso! ¡cuántas, al estrechar su mano, he sentido que un fuego devorador circulaba por mis venas! ¡cuántas he sentido oprimirse mi corazón al despedirse de mí, aunque fuera por breves instantes!...

—Pero...

—No sé lo que sentía yo entonces...—prosiguió Ana, cuya vehemencia iba en aumento:—

sólo si puedo asegurar que aquel padecimiento que no comprendía aniquilaba mi vida, que tan feliz debiera haber sido; yo amaba mucho á Diego... Por ventura, ¿no era él la primera persona que me había amado en el mundo? ¿no fué su mano la que me sacó del abandono en que yacía? ¿no ha sido él hasta hoy quien ha velado por mi suerte?...

—Es verdad—dijo Estrella ansiosa de calmar á la joven:—según me habéis dicho anoche, vos vivíais sola y abandonada... pero, según veis por esta carta, D. Diego es casado y además no os ama.

—¡Ah!—exclamó Ana con un penetrante alarido de dolor:—¡es verdad... es casado... y no me ama!...

La desventurada vaciló como el tierno arbolillo que hiere el hacha del leñador; cerró los ojos, y cayó hacia adelante, yendo á descansar en los brazos de Estrella.

En aquel momento se abrió una puertecilla disimulada en los tapices, y apareció en el umbral la sombría figura del Conde-Duque.

—¡Por piedad, señor!—exclamó Estrella que sostenía á la joven, rendida á un desmayo mortal;—¡por piedad, libradme del cargo de guardar á esta desdichada! ¡No quiero, no puedo verla morir!...

—Vos podréis todo cuanto yo os mande, Estrella—contestó friamente el favorito,—puesto

que sólo de esto depende el que conceda la libertad á vuestro amante.

—¡Oh, Dios mío, padece tanto!...

—En efecto, no lo dudo, porque sólo con ver á esta niña se concibe que hay en ella más corazón que materia... Ea, acostadla y hacedla volver en sí.

Y el favorito ayudó á la joven á que colocase en el lecho el inanimado cuerpo de Ana, á cuya nariz aplicó Estrella un pomito de sales.

—Decididamente—murmuró el Conde Duque saliendo de la estancia,—decididamente hoy tiene que verla el Rey, porque mañana puede morir, y no sé qué extraño presentimiento me avisa que su muerte será la señal de mi ruina.

## XI

### EL RETRATO DE LA REINA

En el momento en que el de Olivares salía de la estancia de Ana, Diego Velázquez entraba en la cámara del Rey.

Un instante después entró también en ella el favorito sin precederle anuncio, según su costumbre.

Al ver entrar al Conde-Duque, Felipe IV clavó en su rostro una mirada de ansiosa interro-

gación, que fué contestada con otra de satisfacción arrogante y con una sonrisa llena de promesas.

Velázquez, pálido, enflaquecido, sombrío, se apoyaba maquinalmente en el respaldo de un sillón; sus ojos, hundidos por tres días de desesperación y tres noches de insomnio, miraban vagamente á un objeto impalpable; sus mejillas socavadas, el desorden de sus cabellos, y su barba, que empezaba á brotar en su tez morena y pálida, acababan de darle un aspecto hurraño, violento y doloroso.

Bastaba fijar la mirada una sola vez en aquel hombre para conocer que desgarraba su alma un pesar sin consuelo.

Al ver entrar al Conde-Duque, sus grandes ojos adquirieron fijeza y se clavaron chispeantes de furor en el rostro del favorito.

El Rey, que se había conmovido hondamente al notar el aspecto de Velázquez, sintió que la ira dominaba su enternecimiento al descubrir la rabia que trastornaba el semblante del pintor.

En cuanto al de Olivares, sostuvo friamente la iracunda mirada de Velázquez.

—Señor—dijo éste dirigiéndose á Felipe IV, —vengo á pedir á V. M. que me devuelva á una hermana que tenía y que me ha sido robada.

Aturdido el Rey por tan violento exordio, se volvió á mirar á su privado.

—Esa mirada—continuó Velázquez con voz más concentrada y sorda,—esa mirada me dice, señor, que el ladrón de Ana es el Conde-Duque...

Y Velázquez, con el rostro trastornado, puso la mano en el puño de su espada y avanzó dos pasos hacia el de Olivares.

—¡Velázquez, tú estás loco!...—exclamó el Rey asombrado de tanta audacia; pero al mismo tiempo hondamente conmovido por tan intenso dolor.

—Tengo aún toda mi razón, señor—contestó el pintor de cámara, separando su mano de la empuñadura de su espada;—pero aseguro á V. M. que la perderé si ese hombre continúa en mi presencia.

Calló Velázquez, esperando que Felipe IV mandase salir al Conde-Duque; mas el débil Monarca no se atrevió á formular una orden á cuya sola indicación había visto encender como dos ascuas los ojos del que debía cumplirla.

Una sonrisa de desdén plegó los delgados y astutos labios de D. Gaspar de Guzmán y Pimentel.

—S. M.—dijo, acentuando lentamente sus palabras,—S. M. parece que no tiene dificultad en que yo oiga que demandáis á vuestra querida.

—¡Mentís como un villano!—gritó el pintor de cámara rojo de cólera; y sacándose un guan-

te, que hizo pedazos en su rabioso apresuramiento, lo arrojó al rostro del privado.—¡Ea! —continuó con voz sorda,—¡salid, si no queréis que os escupa en el rostro, señor Conde-Duque de Olivares!... Salid, y ¡vive Dios que he de arrancaros con mi espada el precio por el cual habéis comprado á mi mulato Juan, y el sitio en que habéis ocultado, no á mi querida, sino á mi hermana!

—Antes, Sr. D. Diego—contestó el Conde-Duque, recogiendo friamente el guante de Velázquez,—antes será preciso que me probéis el derecho que os asiste para querer ser el dueño absoluto de esa infeliz niña, á la que teniais sumida en el más odioso cautiverio.

—¡Salid, os digo!...—volvió á gritar Velázquez desnudando la espada.

El privado se dirigió lentamente á la mesa de escribir del Rey, y agitó la campanilla de oro que se veía sobre ella.

—¡El Capitán de guardias de S. M. el Rey!—dijo D. Gaspar con una calma glacial al ugiere que se presentó.

—¡Sois un infame, señor Conde-Duque de Olivares!—gaturó D. Diego, al mismo tiempo que entraba el Capitán de guardias.

—De orden del Rey—dijo el favorito, sin mirar siquiera al pintor,—de orden del Rey arrestad á D. Diego Velázquez de Silva.

El Capitán se acercó á Velázquez y esperó la

espada, que éste retuvo con mano trémula de furor.

En aquel momento se descorrió estrepitosamente el tapiz de terciopelo que cubria una puerta situada á espaldas del Rey.

—¡S. M. la Reina!—anunció un ugiere de toda gala.

E Isabel de Borbón, vestida con un largo traje de ceremonia, apareció en el umbral.

—¡Ejecutad las órdenes de S. M.!—gritó imperiosamente el de Olivares dirigiéndose al Capitán de guardias, al mismo tiempo que echaba una mirada recelosa sobre la Reina.

Isabel contestó esta mirada con otra de desprecio.

—Vengo, señor—dijo dirigiéndose en seguida al Rey,—vengo á buscar á D. Diego para que concluya hoy el retrato mio que hace dias empezó, porque nuestra hija María Teresa lo desea para su cámara.

Un rayo de alegría iluminó las abatidas facciones del noble artista, al mismo tiempo que el del favorito aparecía trastornado por el furor.

Felipe IV miró vacilante al favorito y á la Reina: el trance se iba haciendo cada vez más embarazoso.

De súbito se oyó un gran rumor de pasos y espadas, y un instante después anunció un paje:

—¡Su señoría el Embajador de Flandes!



Levantóse Felipe IV para recibir al que, para él, representaba á la Infanta su tia, y muy contento interiormente de que su presencia le evitase la explosión de la tormenta que hacia media hora bramaba en su derredor.

El Conde-Duque salió al encuentro de Rubens, maldiciendo en aquella ocasión la etiqueta.

La Reina dejó asomar á su linda boca una sonrisa de orgulloso triunfo.

—Señor Embajador—dijo dirigiéndose á Pedro Pablo,—nuestro pintor de cámara os convida por mi boca á que visitéis mañana su taller, donde estará expuesto mi retrato, que ahora mismo va á concluir.

Inclinóse Rubens profundamente, y besó la suave y blanca mano de la Reina, en tanto que ésta le miraba asombrada de la palidez y decaimiento de sus facciones.

Sin duda el rey de la pintura estaba devorado por algún secreto é intenso pesar.

Cuando Pedro Pablo Rubens levantó la cabeza, Isabel presentó su mano á Velázquez, quien, después de inclinarse delante del Rey y del Embajador, volvió la espalda con desprecio al favorito y salió con la Reina.

## XII

## EL TALLER

Confusos y afanados andaban los discípulos de Velázquez: era el día en que Rubens debía ir á visitar el taller del maestro.

Los pobres muchachos habian ido llegando de Madrid en los tres días que hacia se encontraba Velázquez en El Escorial, porque su amor al arte era tan grande y admiraban tanto á su maestro, que no habian escaseado ruegos para que sus familias les permitiesen continuar las lecciones en el Real Sitio de San Lorenzo.

En el día á que nos referimos, tercero de la estancia en El Escorial de Velázquez, los discípulos andaban asaz preocupados quitando el polvo minuciosamente á los caballetes, colocándolos en hileras, según su tamaño, con una igualdad escrupulosa, y poniendo en orden cada uno de esos mil objetos que se ven en la habitación de un pintor.

—¡Qué falta nos hace Juan!—dijo un hermoso muchacho de tez morena y negros ojos, pasando con una paleta cargada de colores.

—En verdad que sí—contestó otro de tez blanca y ojos azules como un inglés:—desde

que él ha desaparecido me aburro. ¡Oh! si él estuviera aquí, ya lo tendríamos todo arreglado desde hace largo rato.

—¡Pobre Juan! ¡Cuántas veces me ha pesado lo mucho que le he hecho rabiarse!—dijo otro con aire triste:—de seguro que se ha ido porque le hacíamos perder la paciencia.

—Yo—añadió un cuarto,—fui ayer á nuestro estudio de Madrid, y tomé del caramanchón algunas cosas que él cuidaba con esmero.

—¿Para qué?

—Porque quiero tener algún recuerdo del pobre mulato, que tan bueno era, á pesar del cruel martirio que le hacíamos pasar con nuestras burlas; mirad ese gran lienzo enrollado que hay en aquel rincón, junto al caballete del maestro: es uno de los objetos que él guardaba con más cuidado.

—Veámosle.

—¿Qué hemos de ver? Ese lienzo estará en blanco: quizás el pobre Juan quería que le sirviese para formar letras... ¡tenía un empeño de aprender por sí solo á escribir!

—¡Yo lo creo! ¡No tenía nadie que le enseñase!

—¡Callad!—dijo de repente uno de los discípulos,—¡callad!.. ¡Se me figura que ya oigo pasos!

—A tí no te deja resollar el miedo de que vengan... y al fin han de venir.

—Ya lo sé.

—Pues si lo sabes, ¿por qué tiembblas?

—¿Yo tiemblo?

—Tú.

—¡Pues en verdad que no lo había notado! Te confesaré, si, que me espanta ver á Rubens mucho más que ver al Rey.

—¡Lo creo! Otro tanto me sucede á mi.

—¡Y á mi!

—¡Y á mi!

—Pero callad, callad... ¡ahora si que vienen!

En efecto: un gran rumor de pasos y de confusas voces anunció á los jóvenes la llegada de los dos Reyes, el de España y el de la pintura; y un instante después aparecieron ambos en el umbral seguidos de gran número de cortesanos.

Los pobres muchachos quedaron pegados á la pared, apiñándose unos contra otros, y sin atreverse á levantar los ojos ni á respirar apenas.

Felipe IV se apoyó familiarmente en el brazo de Rubens, y ambos, seguidos de su lucido acompañamiento, empezaron á dar vuelta al taller.

—¿Cómo va de trabajar, hijos míos?—preguntó Rubens con su noble y digna bondad, dirigiéndose al grupo de los aturdidos discípulos.

—Bastante... bastante bien... señor...—contestaron vacilando dos ó tres.

—Yo desearía ver vuestras obras—continuó Rubens;—sí: tendré sumo placer en verlas, si es que Velázquez me lo permite.

—¡Ay, Dios mío!—murmuró á media voz el más joven de los discípulos:—¡qué desgracia que no esté el maestro!

—¿Me permite V. M.—dijo Rubens dirigiéndose á Felipe IV,—que le mande llamar?

—Con mucho gusto, mi querido Rubens,—contestó el Rey saliendo de la preocupación dolorosa en que le tenia sumergido el recuerdo de Ana.—¡Hola!—continuo dirigiéndose á un paje,—id á buscar á D. Diego Velázquez.

—Aquí estoy, señor—dijo el artista apareciendo en el umbral de la puerta de entrada, al mismo tiempo que el Conde-Duque penetraba en el taller por la puertecilla que comunicaba con la cámara real.

—Venid acá, Velázquez,—dijo el Embajador, en tanto que el Rey, obedeciendo á una seña del Conde-Duque, se acercaba á este último.

—Deseo—continuó Rubens,—deseo ver las obras de estos jóvenes.

—¡Oh, señor!—exclamó el pintor de cámara con efusion,—creed que agradezco con el alma el generoso interés que mis discípulos os inspiran.

—D. Juan—continuó dirigiéndose á un gallardo mancebo que apenas contaría diez y seis años, y que por lo elegante y esmerado de su

traje patentizaba que pertenecía á la más elevada nobleza.—D. Juan, traed vuestro caballete ante su señoría.

El gallardo niño iba á obedecer con el rostro radiante de júbilo; pero le detuvo un ademán de Rubens.

—Yo iré pasando revista á todos los caballetes—dijo,—y así no habrá que moverlos de sus sitios.

El Embajador se apoyó entonces en el brazo de Velázquez, del mismo modo que el Rey se habia apoyado en el suyo, y ambos pintores se llegaron al primer caballete, sobre el cual habia un lienzo con una Magdalena casi concluída.

Rubens se quitó el guante blanco y perfumado que encerraba su mano derecha, mientras contemplaba la pintura con profunda atención.

—Este cuadro revela que tenéis un gran genio, D. Juan—dijo dirigiéndose al joven:—os aconsejo, sin embargo, que no hagáis un uso tan frecuente de los tonos fuertes.

El joven artista se inclinó.

—Hacedme la merced de darme una paleta y un pincel, Sr. D. Juan—continuó el Embajador:—voy á dar una pincelada en vuestro cuadro y en el de cada uno de vuestros compañeros.

Una exclamación de júbilo brotó de todas aquellas bocas entusiastas y juveniles, y dos

gruesas lágrimas de gratitud aparecieron en las negras y tristes pupilas de Velázquez.

Rubens tomó el pincel que le presentaba Don Juan, y mojándole en el color correspondiente, dió tres ó cuatro pinceladas en él, dando una admirable sombra en los brazos de la Magdalena, que aparecían duramente iluminados.

—¡Oh, qué feliz soy!—murmuró el niño, siguiendo á Rubens con la paleta al caballete inmediato.

—Entregad la paleta al dueño de este lienzo, D. Juan—dijo el rey de la pintura con suave y benévola sonrisa:—deseo que cada uno me vea trabajar mientras lo hago para él.

Un niño como de catorce años, muy pobremente vestido, tomó la paleta de manos de Don Juan.

—¿Cómo os llamáis, amiguito?—preguntó Rubens.

—Pablo Astudillo, señor.

—Tenemos, pues, al mismo santo por patrono: ea, buen ánimo,—continuó Rubens dando pinceladas en el lienzo con sumo cuidado!—Habéis pintado una Niobe admirable en vuestros pocos años, y, por lo tanto, nada os pido: no obstante, cuando esté concluida, os la embargo para la cámara de mi esposa Elena. Escribidme á Amberes en cuanto la terminéis.

El niño se retiró llorando de gozo, y Rubens pasó al caballete inmediato: el lienzo que con-

tenía ofrecía á la vista el retrato del pintor de Felipe IV.

—¡Oh, qué magnífico retrato!—exclamó el Embajador deteniéndose delante de él; y haciendo á Velázquez una seña para que se acercase, al mismo tiempo que humedecía su pincel, empezó, no á enmendar nada, sino á dar á las risueñas y hermosas facciones del retrato el tinte melancólico y amargo que entonces anublaba el expresivo y hermoso rostro del original.

—Cuando se haya pasado el dolor que os aqueja, Velázquez—dijo en voz baja,—os será grato ver esta imagen porque compararéis vuestra felicidad con los pesares olvidados ya: quiero grabar en vuestro retrato la imagen del dolor presente, para que bendigáis á Dios, al verle, cuando seáis feliz.

D. Diego meció tristemente la cabeza.

En aquel momento, la conversación que hacía un cuarto de hora sostenían en voz baja el Rey y el Conde-Duque en un ángulo de la estancia, se animó de repente, sin que nadie se apercibiese de ello: los cortesanos, enteramente embebecidos en ver trabajar á Rubens en los caballetes de los jóvenes, nada echaron de ver.

—Más tarde iré—decía Felipe IV con aire embarazado:—no puedo dejar ahora á Rubens; la etiqueta...

—Por el contrario—contestó el privado con

una impaciencia que en vano se esforzaba en disimular;—por el contrario, V. M. debe ir ahora: la niña está en la mejor disposición de ánimo que se puede apetecer; antes de anoche puse, mientras ella dormía, en su mesa de tocador, una carta anónima por medio de la cual le hacía saber que Velázquez no era su hermano; que había forjado este vil engaño para obligarla á vivir á su lado; pero que, lejos de amarla, está vivamente apasionado de su esposa Doña Juana Pacheco, de la cual tiene una hija; que solo desea tenerla por modelo, porque su extremada hermosura es necesaria para sus cuadros, y que por esta razón la recataba á los ojos de todos.

—¿Y que efecto ha hecho en ella esa carta?

—El más terrible: ha caído en una profunda desesperación, y hay momentos en que la vehemencia del dolor la priva del conocimiento.

—¡Desdichada!

—Nunca, pues, serán más eficaces los consuelos y el amor de V. M., y es menester ganar instantes.

El Rey, medio decidido, echó una mirada embarazosa sobre los dos pintores, que, seguidos por los discípulos y los cortesanos, continuaban revisando los caballetes.

—Acabo de verla en este instante,—continuó el favorito con una calma que hasta entonces no había usado y que decía bien claro la esperanza que tenía de que sus últimas palabras

fuesen el golpe decisivo en el ánimo del Rey.

—¿Y cómo está, cómo está?—preguntó éste ansiosamente.

—Su vida se apaga por la fuerza del dolor, y creo firmemente que si V. M. dilata una hora más esta entrevista, la perdemos para siempre.

—Vamos—dijo el Rey, en cuyos grandes ojos apareció un rayo de dolor intenso;—vamos ahora mismo.

En los labios del privado se dibujó una sonrisa de triunfo, y abriendo cautelosamente la puertecilla que acababa de darle paso, desapareció con el Rey, sin que nadie se apercibiese de su salida.

### XIII

#### EL ESCLAVO

Rubens acabó por fin de dar vueltas á todos los caballetes, corrigiendo en ellos algún defecto más ó menos leve, y dando alabanzas á todos los jóvenes relativamente á su mérito.

Al concluir, dirigió á los discípulos en general algunas palabras graves y afectuosas, exhortándoles al trabajo y á la perseverancia, y se detuvo ante un gran caballete que ostentaba un magnífico retrato de la Reina Isabel de Borbón.